

Lory

• Elsa Lever M. •

A la hora acostumbrada entró al cine ubicado en el centro de la capital. Saludó al portero y se introdujo en el sanitario para damas. Allí cambió sus ropas. Se quitó el viejo pants rosa y se vistió con una falda sumamente corta y un top, ambos de color negro. Deslizó por sus piernas rollizas las medias transparentes que sujetó con un liguero. Se calzó unas zapatillas rojas de tacón pequeño. Antes las usaba más altas, cuando tenía menos años y era esbelta. Cepilló el cabello largo y rizado que aun teñido de caoba, dejaba ver algunas canas.

Se echó encima un saco largo, rojo y de su bolso de mano sacó una navaja nueva que acarició con tristeza. La colocó en el bolsillo derecho del saco. De su diminuto bolso oscuro tomó también un creyón de labios color carmesí y se lo aplicó. Puso otro tanto en sus mejillas y lo difuminó con las yemas de los dedos hasta confundirlo con su piel. El rubor en polvo no lo usaba porque le duraba muy poco. Delineó sus ojos miel con cuidado. Fugazmente recordó cuando de adolescente alguien le dijo que con esos ojos podría conquistar el mundo.

La mirada se le humedeció y tuvo que secarlos rápidamente antes de que se le estropeará el maquillaje. Antes de salir, se aseguró de llevar en su bolso la carta que había escrito la noche anterior. Subió las escaleras que la distanciaban de la sala del cine cuando al verla, don Carlos, el aseo, le preguntó:

-¿Esperas a alguien en especial? Estás más chula que nunca.

-Sí -contesto sonrien-

do- pero no a quien te imaginas, sino a una amiga.

-¿Amiga?- inquirió nuevamente, pero la respuesta quedó en el aire. Penetró con paso decidido a la sala que permanecía a oscuras y con la tenue luz que proyectaba la película, se guió hasta el lugar de costumbre, casi al final, a un costado de la cabina del proyccionista.

Los pocos hombres que había a su alrededor la vieron sentarse sin asombro. Conocían su figura en la penumbra y ya estaban familiarizados con su presencia.

Lory desabotonó su saco, pero no se lo quitó. Cruzó la pierna derecha sobre la izquierda como solía hacerlo dejando al descubierto parte de su liguero. Ella sabía que gozaba de privilegios, por tanto, a pesar de los letreros luminosos de "no fumar", encendió un cigarrillo.

Lanzó tres largas bocanadas mientras pensaba:

-¿Cuántas veces he visto esta pinche película? Bueno, completa, lo que se dice de principio a fin, ninguna. Pero de pedazo en pedazo, han sido como diez... pero carajo, no logro terminarla de ver porque la mayoría de estos cabrones se acercan poco antes de que acabe, cuando ya pasó lo más caliente. Otros, no más llegan y luego luego quieren. Viejos cabrones... de no ser porque gracias a ellos comimos m'ija y yo...

Un calor en sus dedos la sacó de sus pensamientos; el cigarro se había consumido.

-¡Que la fregada! -murmuró ensalivándose los dedos afectados- casi no lo fumé.

Tiró la colilla al suelo y



la pisó. Enseguida metió la mano en el bolsillo derecho y sustrajo la navaja. Sacó la hoja filosa y puntiaguda. Dobló con tranquilidad las mangas del saco y realizó un corte fino pero profundo en ambas muñecas.

El líquido vital no tardó en brotar. Sin prisa y con la mente en blanco, desdobló las mangas del saco y la sangre se confundió con su color. Guardó la navaja nuevamente en el bolsillo, se acomodó en la butaca de tal forma que pudo recargar su cabeza en el respaldo. Escondió sus manos en los bolsillos y clavó la mirada en las escenas eróticas de la pantalla.

En ese momento un joven se acercó a ella, sentándose a su lado:

-¿Tú eres Lory?- le preguntó con voz quebrada por la excitación.

-¿Cuántos años tienes chiquillo?- le dijo Lory sin voltear a verlo.

-Diecinueve- contestó.

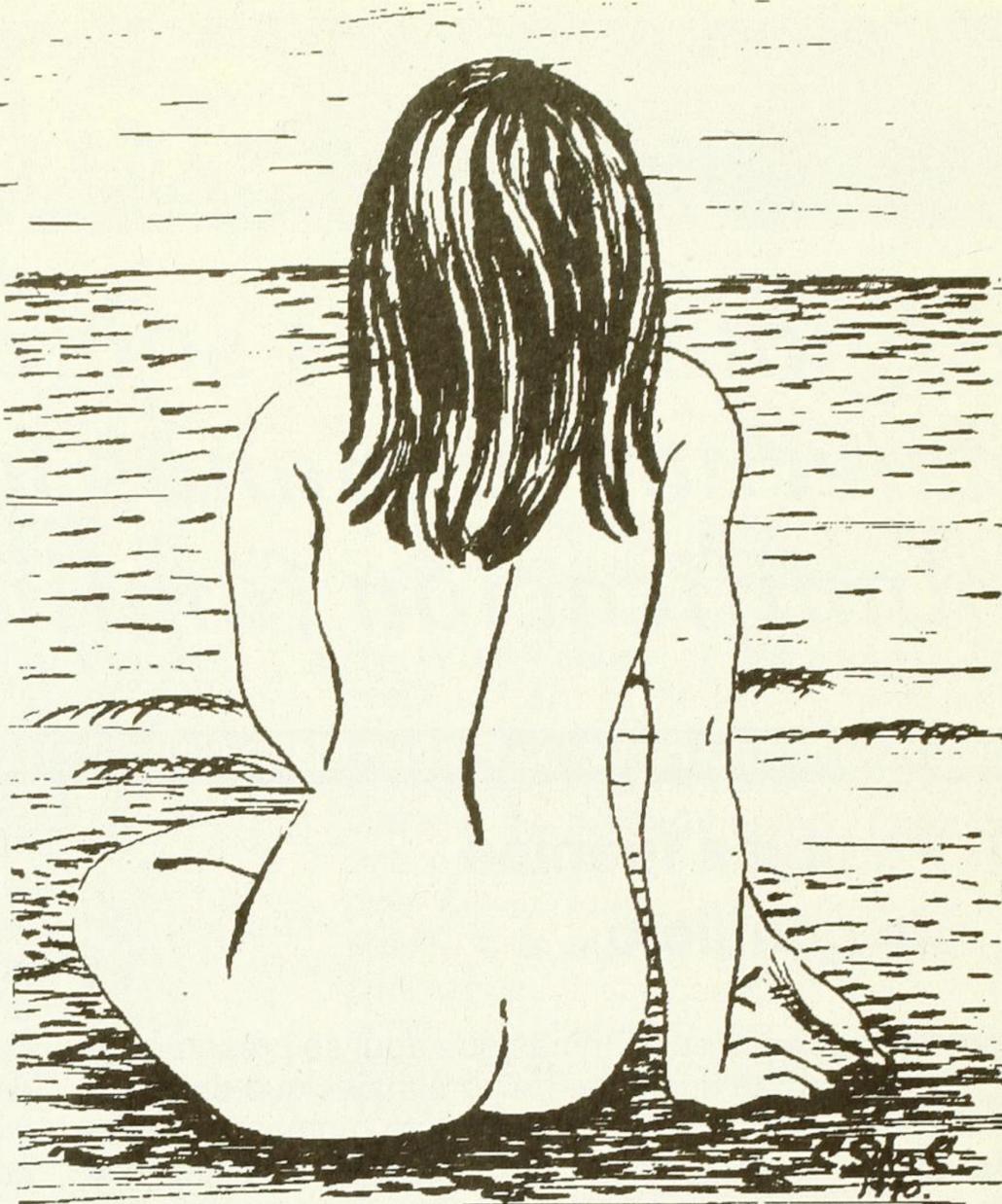
-Vete de aquí -prosiguió Lory- hoy no trabajo.

-¿Es por mi edad?- inquirió el muchacho con gesto de decepción.

-No- concluyó secamente-. Ya te dije que hoy no trabajo. Dile a quien te pregunte, que espero a una amiga, que no me molesten hasta que ella venga.

El joven se marchó. El aseo lo miró extrañado y se dirigió adentro de la sala. Divisó en la penumbra la silueta de Lory. Con lentitud caminó hacia ella pero no llegó porque le hizo un ademán con la cabeza para detenerlo. Regresó sobre sus pasos, pensativo, reiniciando sus quehaceres. Con nostalgia recordó cuando ella paró ahí, cuatro años atrás:

-Había llegado con el portero, llorando, a punto de un colapso nervioso. Nos contó que su marido la había dejado sola con su niña de seis años, que no sabía hacer nada y que tenía que darle de comer a su hija. "El Porte" y yo intervenimos con el administrador del cine pa' que le diera chamba. La hizo de linternista un rato pero con el tiempo terminó taloneando dentro del cine. Lo sabíamos, pero no dijimos nada. Lory sacaba más lana haciendo eso y la clientela aumentó al correrse la voz. Por eso el jefe se hizo de la vista gorda y la dejó. Además ¿qu'otra cosa puede hacer una mujer en un cine de películas porno? Con el tiempo, Lory se dio a conocer y hasta era respetada, al menos nosotros aquí le teníamos ley. Pero cuando se le ahondaron los problemas, cambió completamente. El marido regresó pa' quitarle a la chamaca y el juez declaró lo inadecuado que sería que la niña viviera bajo el ejemplo de una madre prostituta. Ella continuó viendo a la hija hasta que hace unos meses, le dijo claramente que se avergonzaba de que fuera su madre. Que ya no la buscara más, que con su padre lo tenía todo. Fue entonces cuando Lory se hundió en la depresión y silencio. Cerca de medio año anduvo así, hasta llegué a pensar que se estaba volviendo loca. Y es que una vez, entre cliente y cliente, me dijo que había estado platicando con la muerte, que se había vuelto su



gran amiga.

Al llegar a ese punto de los recuerdos, don Carlos se sobresaltó:

-¿Una amiga? ¿Una amiga le había dicho? -pensó con rapidez.

Corrió escaleras arriba y volvió a discriminar la figura femenina, inmóvil, tal como estaba cuando se fue. Se avergonzó por un momento de sus ideas, de su miedo y alarma, sin embargo, algo dentro de él, quizás el afecto que da el trato diario en años, lo empujó hasta ella. Tomó asiento a su lado y al ver sus ojos cerrados le preguntó:

-¿Duermes Lory? ¿Estás bien?

Ella con pesadez levantó los párpados, pero no lo miró. Sin decir una palabra estiró su brazo derecho hacia él, bañando en sangre su pantalón.

-Pero... ¿qué has hecho Lory? -dijo el hombre- ¿cómo pude dejarte hace rato? Déjame ayudarte.

Entonces habló, en un susurro.

-Ya me ayudaste al no intervenir. Gracias. Pronto acabará todo, lo único que siento es que seguiré sin conocer el final de la película... ya llegó mi amiga ¿la ves?... en el bolso hay una carta, es pa' m'ija...

Cerró los ojos miel, nuevamente y sus manos cayeron a los costados de su cuerpo. Con dolor, don Carlos la abrazó. Sacó la carta. Con letra pequeña pero firme, Lory había dejado su mensaje final: "Mi niña: no dejes que la dureza de la vida apague el brillo de tu mirada. Tal vez tú si puedas conquistar el mundo con ella". *Jem*